

Horizontes  
de la  
Cultura

# BLANCA VARELA

## SU ULTIMO LIBRO

por

Diego Mirán *5/1/64*

"Todo es posible / en este activo sueño", concluye un poema del reciente libro de Blanca Varela. Activo equivale aquí a vigilante, a despierto. ¿Cómo es esta fantasía —este sueño— de conciencia alerta? El surrealismo nos enseñó a revelarnos íntegros, a sacar de nosotros mismos, para que relucieran, los ocultos tesoros de lo prohibido, y toda buena poesía de hoy y de todo presumible mañana ya no podrá prescindir de esa metodología. Pero el oficio no es, como lo creyeron los iluminados de la revolución estética de los veintes, un "laissez faire" a la mano en tinieblas. Nosé si Breton o Prevert cumplieron con sus rigores, pero sí puedo sospechar que, por ser toda poética posterior al poema, el automatismo permite obtener un material donde la intuición y el trabajo poéticos separan luego el grano de la cizaña. Blanca Varela hace una poesía que alguna vez, en estas mismas páginas, fue llamada "sueños premeditados". Esa justa colocación del lirismo entre la aventura y el orden, equilibrándolo, —mas no estable, entiéndase, ni cómodo— en una suerte de tensión de lo instintivo y lo racional, es la que procura a "Luz de Día" (Ediciones de La Rama Florida, Lima, 1963), su mejor encontro.

Pero si "Hasta la desesperación requiere un cierto orden", según ahí dice el poeta, no se peca de exigente si se completa que donde ha prevalecido un polo u otro —desborde y mesura expresivos— los poemas de "Luz de Día" amenguan su belleza diáfana, su autenticidad cordial, su poder comunicativo. De modo que las prosas "Calle Catorce", visión enardecida de una soledad; "Canto en Ithaca", combate con una memoria casi sensorial del pasado, y "Madonna", motivo antes humano que plástico, nos acercan con su mediodía de belleza pacífica y como intocable a esas páginas de rotunda perfección que son "Vals", "Palabras para un canto", "Máscara de algún dios" y "Frente al Pacífico", en los cuales Blanca Varela modula un estilo con un dominio que no es cosa corriente en estos días de tanto papel impreso, porque las imágenes no se encadenan por el azar o el mecanismo asociativo, sino que se completan, ahitas de significación, en espiral. Veámoslo:

La mirada que soy entorna la puerta, atisba el vacío,  
atea el cielo en ruinas.  
En la rama vencida estalla una breva furiosa,  
la pupila en llamas  
buscándote, exigiendo su razón de ser.  
("Vals").

"Activo sueño", "un cierto orden", "razón de ser": hay una clave que es perseguida, como una falena en la noche, por la poesía de Blanca Varela, poesía creada con un vibrante pertenecer al mundo, a la vida, al amor, o desde honduras carnales, femeninas en cuanto no rehuyen la condición de tal de quien las padece. Brillo que el poeta manotea, que coge al mismo tiempo que pierde; misterio que no se desvela y vuelve a arrojarlo a la duda y su orfandad. Esta evidencia de no ser o no saber ser, más bien, es la sustancia de esta poesía cuya plenitud resulta por paradoja, una afirmación ontológica, un triunfo vital. En "No estar" lo proclama: "Esto es la noche. Esto soy yo".

De "Ese puerto existe" a "Luz de Día" se cumple un ciclo de creación que límpidamente arriba a la madurez poética. En adelante, Blanca Varela puede ser considerada una de las voces más singulares de la poesía peruana contemporánea. Sin recursos de fácil acarreo, sin prisa existista y sin otro afán que comulgar la propia y la ajena existencia con los demás, su obra se ha hecho suya. El reconocimiento crítico —ya lo sabemos— vendrá por añadidura.